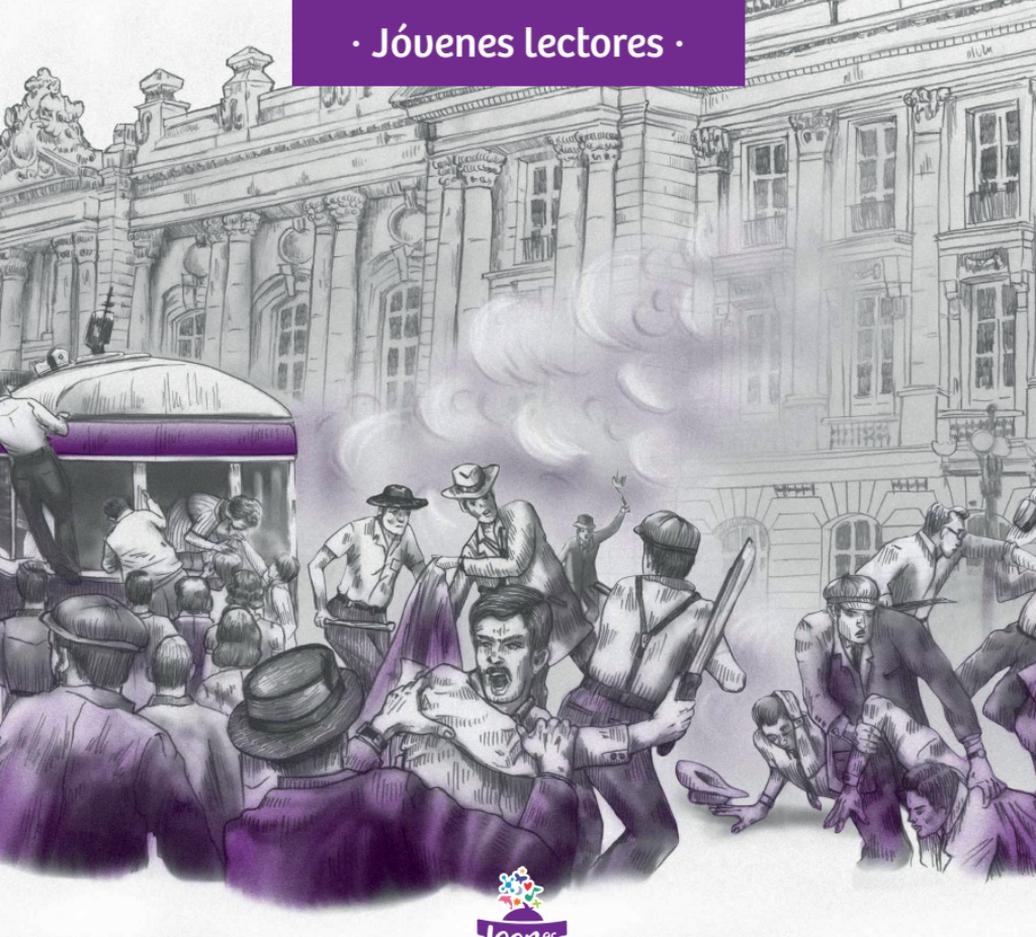


· Jóvenes lectores ·



La chica del tranvía

Jesús Antonio Álvarez Flórez
Ilustraciones de Nathaly Cuervo

Leer es el cuento de la generación de la paz



MINEDUCACIÓN



TODOS POR UN
NUEVO PAÍS

PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN



La chica del tranvía

Leer es el cuento de la generación de la paz
Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016

© Jesús Antonio Álvarez Flórez, por los textos, 2016

© Nathaly Cuervo Rodríguez, por las ilustraciones, 2016

Primera edición, Bogotá, Marzo de 2016

Juan Manuel Santos Calderón	Presidente de la República
Gina Parody d'Echeona	Ministra de Educación Nacional
Víctor Javier Saavedra Mercado	Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media
Ana Bolena Escobar Escobar	Directora de Calidad para la Educación Preescolar, Básica y Media
Paola Trujillo Pulido	Subdirectora de Fomento de Competencias
Sandra Morales Corredor	Gerente del Plan Nacional de Lectura y Escritura

Coordinación editorial: Juan Pablo Mojica Gómez

Selección y revisión de textos: equipo pedagógico del PNLE

Diseño y diagramación: Angie Moreno

Impresión: Cgráficos

Tiraje: 10000 ejemplares

ISBN: 978-958-691-755-1

Impreso en Colombia: Febrero 2016

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del
Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total
de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos
correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.

Leer es el cuento de la generación de la paz

La paz está cerca, es el compromiso más importante que tenemos como país y todos los colombianos estamos llamados a seguir avanzando, con grandes pasos, para dejar la mejor herencia a nuestros niños, niñas y jóvenes: un país en el que los lápices permitirán crear historias de esperanza y vida.

Convencidos de que la paz es una tarea de todos y que la educación es la herramienta más poderosa de transformación para escribir este nuevo capítulo en la historia de nuestro país, el Ministerio de Educación Nacional presenta **Leer es el cuento de la generación de la paz**, un material de lectura diseñado para que encontremos formas distintas de recordar y comprender un pasado que inspire historias de paz.

Los invito a incorporar estas lecturas en el aula, en la biblioteca escolar y en el hogar, pues estoy segura que con estos materiales aportamos a la construcción de una Colombia mejor educada.

GINA PARODY d'ECHEONA
Ministra de Educación Nacional

Cuando la gente habla de El Bogotazo, ese episodio de violencia que arrasó con el centro de la capital, pienso en mi abuelo y en una chica que corre entre los restos calcinados del tranvía.

Esa mujer no es mi abuela: es una chica que va de la mano con dos niños y busca a su esposo. Al ver a los pequeños, mi abuela recordó una foto que había en su cuarto, sobre su mesa de noche. La chica oyó que la ciudad había sido destruida, y temía que entre los muertos estuviese el padre de sus hijos.

—De José y Jesús —dijo, presentándolos.

José, como mi abuelo. Y Jesús, como el hijo mayor de mi abuela.

Idénticos a los niños de la foto sobre su mesa de noche.

La abuela tuvo dos hijos llamados Jesús, quienes murieron de cólera a los seis años. Luego del último entierro, y cuando el abuelo ya pensaba en un nuevo heredero, ella decidió que el próximo niño se llamaría Antonio, en honor al santo de su devoción.

—Ya perdiste un hermano —le dijo a su esposo—. ¿Ahora quieres que todos tus hijos mueran solo por un capricho tuyo?

El abuelo anhelaba un hijo que se llamara como su hermano muerto. Fue lo primero que le dijo a su futura esposa. Vio cumplido y roto su sueño con los dos primeros embarazos. Pero el tercero fue la vencida. Mi abuela, por el contrario, no quería que el recién nacido llevara a costas un nombre que, como ya se ha visto, traía consigo una maldición. Pero este nació en diciembre y ella supuso que aquello era una señal del cielo.



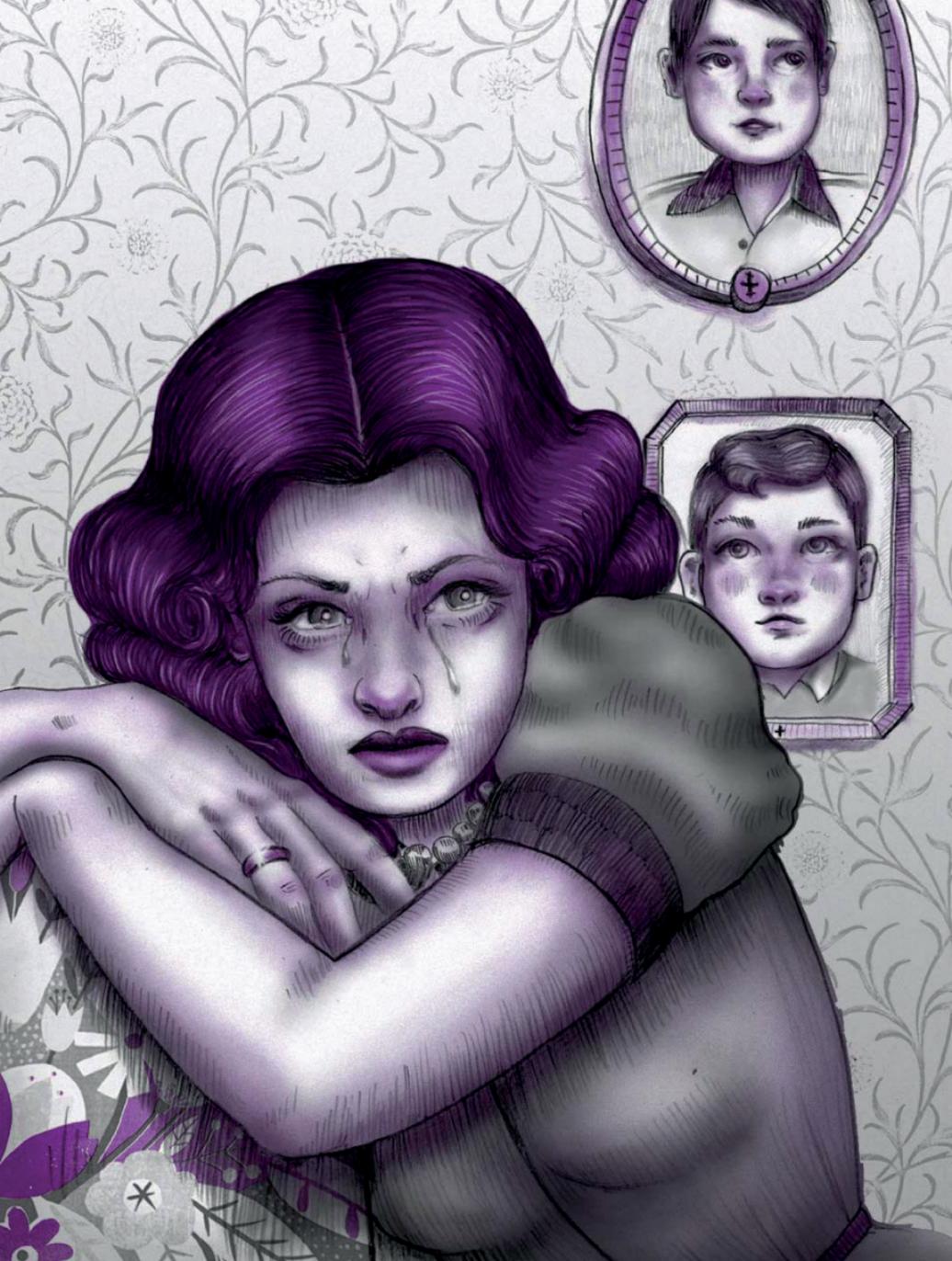
Y lo fue, pues luego de mi tío vinieron tres hijos más: José, Antonio y Manuel. Este último nació un Viernes Santo, el 26 de marzo de 1948. Dos semanas después, el 9 de abril, asesinaron a Jorge Eliécer Gaitán y a mi abuelo, quien trabajaba cerca de la Avenida Jiménez. Por la radio anunciaron que el tranvía había sido incendiado, y que la muchedumbre linchó y arrastró hasta la Plaza de Bolívar a un hombre llamado Juan Roa, presunto asesino del caudillo. Había fuego en comercios, oficinas y cuchitriles.

Mi abuela temió por la vida de su esposo. Aun cuando días antes había dado a luz, no dudó un instante y salió de su casa, en La Candelaria, dispuesta a buscarlo. Tuvo que atravesar por entre muertos y policías que le impedían el paso.

Luego vio a la chica del tranvía.

La abuela dio media vuelta y regresó a casa. No hubo para ella más hijos de nombre Jesús, pero sí nietos y bisnietos, quienes preguntamos a menudo por el abuelo que murió aquel día. Cuando le pedimos más información, ella, incómoda, responde: «Tenía el cabello corto. Y un collar idéntico al que José me dio en un cumpleaños». «¿Y El Bogotazo?», preguntamos. Pero ella no habla nunca de la ciudad en llamas. Solo menciona a los gemelos que corren de la mano de la chica entre columnas de humo.





El abuelo murió degollado, muy cerca de su casa. Los liberales, luego de saquear negocios y exigir venganza, la emprendieron contra los conservadores como él, principales sospechosos del asesinato. La abuela cuenta que fueron tantos los muertos que las boletas de defunción las expedían en blanco. Por primera vez hubo hacinamiento en los tres cementerios de la ciudad. En la sala de su casa, además de los vecinos, se congregaron algunas mujeres que, luego de ver al difunto en su ataúd, salían del lugar acompañadas por sus hijos.

Niños idénticos a los de la foto sobre su mesa de noche.



Pienso en todo esto después de leer *El incendio de abril*, de Miguel Torres. Un fragmento del libro me inquietó. En él aparece una mujer que, en plena revuelta, asesinó a su esposo y luego lo tiró a la calle, junto con los demás muertos. Ella les hizo creer a los policías que se trataba de uno de los tantos muertos de la insurrección liberal, pero al parecer el tipo le había sido infiel.

Imagino a la abuela de regreso a casa, luego de haberse cruzado con la chica del tranvía. La gente corre y llora, la radio informa que los desórdenes se han extendido a lo largo del país y ella espera pacientemente la llegada de su marido hasta que se hace de noche.



Minutos después, este gira la llave dentro de la cerradura y se dispone a entrar en la casa. Antes de que la puerta se abra por completo ve por última vez el rostro de su esposa, iluminado por el filo de un cuchillo.



